
HACIA UN TIEMPO DE SÍNTESIS

Javier Melloni

*Cada época se justifica ante la historia
por el encuentro de una verdad
que alcanza claridad en ella.
¿Cuál será nuestra verdad?
¿Cuál nuestra manifestación?*

María Zambrano

Pertenezco a una generación que creció entre las ruinas de antiguas certezas. Nacimos mientras las veíamos caer, pero no participamos en su derrumbamiento. Cuando empezamos a tener la edad del combate, la contienda se había acabado. Ya no había dos frentes, sino múltiples grupos dispersos, donde cada uno hacía -y hace- la guerra por su lado. Somos hijos del fragmento, pero el fragmento no nos inquieta, porque la alternativa de las grandes moles compactas no nos seduce. Con los fragmentos se pueden hacer mosaicos y vidrieras de colores, formas cambiantes, sin problematizar que queden espacios vacíos, porque el Vacío puede ser una forma de plenitud. Esto es lo que Oriente nos recuerda. Recurrir a él nos da la oportunidad de salir de los cotos demasiado transitados de nuestra cultura -y de la religión que es hija de ella-, y descubrir que la vida, como el Misterio, se pueden vislumbrar y expresar de otros modos. Modos que permiten acoger la vida como don, más que como problema. Ello supone una actitud distinta a aquellas teologías del derrumbe y a aquellas sociologías épicas, pero no ajena a ellas, porque ha nacido entre sus escombros y gracias a ellas.

En efecto, después de aquellos años de la teología de la muerte de Dios, ha reaparecido un extraño magma religioso, amasijo de

mitología y mística, de Oriente y de pretéritas corrientes contraculturales de Occidente, mezcla confusa que algunos sociólogos y teólogos califican de “pseudoreligiosa” o de “pseudomística”, y que desconcierta a una generación para la cual hablar demasiado de Dios resulta impúdico, casi blasfemo. Sin embargo, todo ese magma también se puede leer como los atisbos de un descubrimiento redescubierto, como las brasas que reprenden la llama desde la Hondura irreductible de ser humano, como el anhelo de Infinito que se reconoce y aparece de nuevo todavía balbuciendo su nombre y las maneras pertinentes de desplegarlo y protegerlo. El reto está en que este resurgimiento integre las aportaciones de las generaciones precedentes. De aquí que se pueda esperar un tiempo nuevo de síntesis, en el que elementos que hasta el presente han competido entre sí, descubran que se necesitan mutuamente.

1. Signos de un nuevo tiempo del espíritu

En una primera aproximación, se podría comprender este nuevo posible momento a partir de la combinación de seis categorías: la trascendencia y la inmanencia; lo sagrado y lo profano; el Dios personal y el Dios transpersonal. Se trata de términos espesos, pero que pueden ayudar a hacer un balance del cambio de paradigma que estamos viviendo. Su articulación permite también dar razón de las etapas que preceden al momento presente .

Simplificando quizás excesivamente, las generaciones anteriores al desplome (que podríamos considerar que vivían en la premodernidad), afirmaban la Trascendencia en detrimento de la inmanencia, lo Sagrado a costa del menosprecio por lo profano y se adherían a la fe en un Dios Personal que contenía muchos atributos del poder, en menoscabo de otras imágenes o concepciones de Dios como Ultimidad.

La generación siguiente asumió el espíritu de la Modernidad cuando ésta, llegando a su cúspide, empezaba a declinar. Tal generación entró en conflicto con el paradigma anterior, apostando por una

secularización de formas y de fondos, defendiendo la Inmanencia frente a la trascendencia, lo Profano frente a una concepción estrecha de lo sagrado, y a un Dios como totalmente Otro –o la sospecha sobre Dios- frente a la anterior imagen clara y distinta de Él.

Hay signos o indicios de estar entrando en un tercer momento. Porque la purificación de las imágenes de Dios posibilitada por la generación de la Sospecha ha puesto las bases para propiciar el reconocimiento de una Presencia en la más honda cercanía del alma y de las cosas. Así, podemos percibir atisbos de reconocimiento de la trascendencia en el corazón de la inmanencia, de lo sagrado en el corazón de lo profano, y los vislumbres de un Dios transpersonal, pero no por ello impersonal o inaccesible sino íntimamente presente y cercano, en la ultimidad misma de nuestro ser y de todo lo que es.

Hay que entender, sin embargo, que estas etapas no son meramente sucesivas o cronológicas sino que se dan simultáneamente en cada generación, así como también en cada uno de nosotros, conviviendo entre sí con predominancias diferentes.

Así, pues, a pesar de reacciones fundamentalistas por un lado, y escépticas descreencias por otro, creemos que también hay signos del advenimiento de un tiempo de integración y de posibilidad de síntesis de las diversas dimensiones de lo Real. Esta síntesis es perceptible en diversos ámbitos: en el campo de la ciencia y del pensamiento, en la posible superación de la antinomia entre fe y razón; en el campo de la ética, en la superación de la contraposición entre contemplación y compromiso por la justicia; en el campo de las artes, entre deconstrucción y nuevas propuestas constructivas... En definitiva, puede darse una integración entre la capacidad crítica y la actitud admirativa –lo que Paul Ricoeur llamaba ya hace algunos años “la segunda ingenuidad”–, entre la actividad y la pasividad, entre animus y anima, entre lo masculino y lo femenino...

Sin embargo, alcanzar esta síntesis no es una tarea fácil, porque no se establece en el mismo plano que sus antinomias, sino en un ámbito de mayor profundidad, donde cada una de ellas es convocada

más allá de sí misma. Por ello sólo es posible acceder a tal integración a través de la depuración que produce el paso por el despojo, de modo que los elementos anteriores sean integrados en un plano superior.

2. Hacia el fondo de lo Real

Así, pues, creemos en la fecundidad de este tiempo de derrumbe, de noche oscura colectiva, donde las seguridades de antaño se han puesto radicalmente en cuestión. Derrumbados tanto los dogmas como las ideologías, el ser humano es convocado a la profundidad que le habita sin saberlo y que subyace en sus propias construcciones y destrucciones: ese Fondo irreductible que no pertenece a nadie ni a ningún grupo que se quiera apropiarse de él. Ahora bien, para acceder a ese Fondo, hay que pasar por inevitables desprendimientos, y cambiar las seguridades –las referencias externas– por las certezas –las referencias internas–, e incluso ir más allá de las mismas certezas. Ya en el S.XIII decía el Maestro Eckhart: “Rogamos a Dios que nos vacíe de Dios y que alcancemos la verdad y la disfrutemos enteramente”. Y San Juan de la Cruz habló de la nada como camino hacia el Todo. Y es que todos los místicos convienen en lo mismo: que, de un modo u otro, que hay que dejar de saber, de poseer, de gustar, e incluso, dejar de ser, para ser llevados a regiones no contaminadas por nuestro entendimiento, que es hijo de la necesidad. Y sólo entonces, “todo comprender”.

Lo que Occidente y las religiones semíticas tienden a plantear de un modo tenso, Oriente lo propone de un modo más sereno, a través de la noción de vacuidad:

«Treinta radios convergen en el medio
pero es el vacío que hay entre ellos
lo que hace marchar el carro.

Se trabaja para hacer vasijas,
pero es el vacío interno
lo que posibilita su uso.

Una casa está agujereada de puertas y ventanas.
Sigue siendo el vacío
lo que permite habitarla.

El Ser da unas posibilidades,
y es por el no-ser que se las utiliza».

Esta Vacuidad remite a un estado de disponibilidad que permite la adhesión libre y desprendida respecto de las diferentes imágenes que cada uno –o cada Tradición determinada- se hace de Dios, de la vida, del ser humano o de sí misma. Se trata de un vacío que no está vacío, sino que es la Matriz de toda posibilidad. Es decir, una Vacuidad que no es escepticismo ni nihilismo sino receptividad.

Dicho de otro modo, nuestra cultura del fragmento pone las condiciones para las incursiones místicas, despojados de las certezas de antaño. No se trataría, ya, de “vivir ante Dios como si Dios no existiera”, según la expresión de Bonhoeffer , ya que no hay un “ante” frente al cual hubiera que confrontarse o comportarse sino una profundidad y una transparencia a desvelar. Desde esta perspectiva, la fe no se entendería tanto como un salto en el vacío, más allá de las evidencias de la razón, cuanto como el apaciguamiento de la mirada y de la razón misma para permitir que las cosas desvelen su última Sustancia, el secreto de su interioridad incandescente, que hace a todas las cosas sagradas .

El trepidante ritmo de nuestra cultura parece impedir y ser lo más contrario a la propiciación de esta Profundidad. Por ello, ante la intensificación del ritmo de la vida urbana, de la técnica y de la información, urge la importancia de preservar tiempos y espacios de silencio en los que redescubrir la sacralidad que late en el corazón de lo cotidiano. La atmósfera rural preservaba al ser humano en un ritmo que le protegía de sí mismo. El reto de nuestra cultura está en saber redescubrir el acceso a esta Dimensión, que está siendo cultivada de diversas maneras en los márgenes de la Cristiandad. Porque, si bien las iglesias se vacían, llevan años apareciendo otros ámbitos (centros de yoga, Zen, Tai Chi, etc.) donde se aprende a silenciarse y a ponerse

en contacto con tal profundidad, así como con otras dimensiones olvidadas de nuestra persona: la corporeidad, con sus respectivos ritmos respiratorios y bioenergéticos, los procesos psicológicos, la reintegración en la naturaleza... Este fenómeno no es ninguna banalidad: se trata de escuelas de integración cosmoteándricas, es decir, donde aprender a unificar los diversos planos que nos constituyen como cosmos, conciencia y Obertura infinita que somos. Volveremos más adelante sobre esta cuestión. Cabe decir aquí que si en nuestras iglesias se ofreciera una pedagogía de la interioridad y de la profundidad, reencontrarían su lugar en la ciudad.

Ahora bien, esta integración por medio de la interioridad es sólo un aspecto del proceso, porque el individuo se convierte en persona no sólo cuando se abre hacia adentro sino cuando lo hace simultáneamente hacia fuera. Es decir, esta integración que se realiza por medio de la interiorización no puede convertirse en un olvido del mundo sino en una potenciación de la lucidez, por la que, además de cultivar la personalización de lo vivido, aumente la capacidad de expansión y comunión. Esta corresponsabilidad con la tarea común es precisamente una de las aportaciones de la generación anterior que no podemos perder sino incorporar como valor constitutivo del crecimiento humano, tanto colectivo como individual.

3. Interioridad y solidaridad

La interioridad se distingue del ensimismamiento en que no se dirige a una tierra de nadie sino hacia una tierra de todos. La interioridad y la solidaridad son la sístole y la diástole del latir humano sano. Cuanto más honda la interioridad, más amplia la solidaridad, y viceversa, ya que están llamadas a recibir fuerza la una de la otra. Por ello decimos que también aquí surge la necesidad de un tiempo de síntesis: porque, por un lado, una interioridad sin solidaridad ya no resulta creíble, tal como hoy tenemos asimilado gracias a algunos maestros de la sospecha, y, por otro lado, porque la historia se ha encargado de enseñarnos que una igualdad sin interioridad crea hombres y sociedades planas, chapas de acero en colonias de hormigón

privadas de alma, ya sea bajo la forma del totalitarismo socialista como del consumismo neoliberal.

Esta integración no va a suceder espontáneamente porque también somos hijos de la dispersión y de la avidez. De aquí que urja encontrar en Occidente una pedagogía del deseo, atrapados como estamos por el afán del consumo. Así, todavía está por redescubrir el valor de la austeridad como el vínculo a través del cual interioridad y solidaridad se encuentren. Porque la austeridad comporta la contención del deseo. El deseo contenido no se derrama entonces satisfaciéndose compulsivamente, sino que, por un lado, crece hacia adentro en forma de capacidad contemplativa y, por otro, crece hacia fuera, más allá de uno mismo, en forma de atención a las necesidades de los demás. De este modo, interioridad, austeridad y solidaridad forman una constelación, tal como muestran las vidas de las personas unificadas: la interioridad recoge el deseo; la austeridad lo contiene y la solidaridad lo extrovierte, descentrándolo de uno mismo y haciéndolo universal.

El aprendizaje de esta solidaridad en comunión con la humanidad tiene también una dimensión cósmica, y así aparece otro ámbito de una síntesis en la que queda tanto por recorrer.

4. Ecología y recuperación de la corporeidad

Cada vez está más generalizada la percepción de que los medios tecnológicos para dominar la tierra pueden causar nuestra propia destrucción. Comenzamos a sospechar de aquel ambiguo mandato que el patriarcado semítico puso en boca de Dios: “Creced, multiplicaos y dominad la tierra” (*Gn* 1, 27). Como alternativa, está apareciendo una actitud más femenina de respeto por la tierra, que abre caminos para aprender a convertirnos en humus -que significa humildad y tierra al mismo tiempo, algo a lo que también nos han acercado las ruinas de las antiguas construcciones-, y para dejar que sea ella en nosotros y nosotros en ella lo que nos enseñe a cuidarla. Vaciar y hacerse humildes como ella junto a los demás pueblos y especies de la Tierra

responde a un mismo proceso de purificación y de contención cada vez más urgente si queremos seguir viviendo en el planeta.

Este cuidado por la tierra coincide con un redescubrimiento del propio cuerpo, la tierra primordial que habitamos y que estamos llamados a conocer y a venerar. La difusión de técnicas de todo tipo, procedentes de las más diversas Tradiciones del planeta, que redescubren la importancia de la respiración, de la dieta, de las posturas y energías que recorren todo el cuerpo, es otro de los síntomas de esta síntesis que está produciéndose. Si bien se trata de una atención que puede dar pie a autocentramientos inmaduros, es también una oportunidad para integrar las diferentes dimensiones que nos constituyen y que todos necesitamos aprender.

5. El encuentro interreligioso

Estos atisbos de síntesis no se producen sólo como maduración de las edades pasadas de nuestra Tradición cristiano-occidental, sino como resultado del encuentro de las diversas Tradiciones religiosas y cosmovisiones de la humanidad. Ello hace que ya no sea posible pensar a Dios, al hombre y al mundo a partir de un único modelo.

El encuentro de las religiones –y de las cosmovisiones que ellas vehiculan– comporta la relativización de las pretensiones particulares de absoluto, ya que la sola coexistencia de esas diversas pretensiones particulares las neutraliza entre sí. Lo que queda anulado es la reivindicación exclusivista y excluyente, por parte de cualquier ideología o religión, de querer abarcar y agotar toda la realidad desde un determinado ángulo; lo cual no impide que cada religión –o cosmovisión– ofrezca una visión coherente y armónica de la totalidad desde su propio ángulo, y que sea capaz de ofrecer pautas coherentes y estructurantes para la vida de sus miembros.

Si bien, en un primer momento, esta confrontación puede resultar inquietante, al mismo tiempo permite abrirse a la alteridad, lo cual supone dejarse interpelar por otros modos de hacerse las grandes preguntas del ser humano sobre el sentido de la vida y de la muerte,

sobre el mal y el dolor, sobre la fugacidad y la permanencia, y, en último término, la pregunta por Dios. El resultado de este encuentro no repercute únicamente sobre las respuestas sino que también afecta al modo de hacer las preguntas, incluso al deseo mismo de preguntar. Tal vez se esté dando la oportunidad de que la escucha tome el primer lugar.

Porque cada Tradición religiosa propone una mirada sobre la vida, y cada una de ellas es una interpelación. Así, por ejemplo, la polarización islámica por la trascendencia de Dios –*Lâ ilaha illâ-Llâh*, “no hay otro dios que Dios”– no deja de ser para todos una llamada a liberarse de las idolatrías. Entre ellas, la de un individualismo a ultranza que nos ha hecho cortar nuestros vínculos con el Todo (*Corán* 2, 555; 3,26-27), y ha hecho de nosotros unos seres precipitados e impacientes (*Corán* 21,37; 75,20), lo que ha acrecentado nuestra fragilidad (*Corán* 70,19-23). Nuestro acceso excesivamente político o sociológico nos priva de captar el aspecto no alienante de esta “sumisión” (*islam*), porque en ella no sólo hay sometimiento sino también abandono, confianza y entrega, capaz de contener mucha energía liberadora.

Que la fe islámica pueda interpelarnos no impide que también ella deba dejarse interpelar. En concreto, la Tradición cristiano-occidental le recuerda el valor irreductible y sagrado de cada ser humano. Porque si el Islam es la Religión del Libro, donde el ser humano puede quedar reducido a una abstracción, el Cristianismo es la Religión del Rostro, el cual revela la sacralidad de cada persona: “Lo que hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (*Mt* 25, 40).

Simultáneamente, y como contraposición paradójica, la interpelación que nos llega de las religiones orientales afecta a la relativización del sujeto, cuya absolutización ha llevado a muchos narcisismos en Occidente: ¿Y si no fuéramos tan importantes ni para Dios ni para el cosmos? ¿Y si la historia no tuviera un final hecho a medida del hombre, sino que fuera una continua e incesante emanación de

manifestaciones de la Vida misma, de la que cada uno de nosotros no es más que un destello, tan maravilloso como efímero, donde lo importante no es la perdurabilidad de nuestro pobre y acorralado yo –que en Oriente se considera ignorancia y espejismo– sino la continuidad del flujo del don de la Vida que se expresa a través de nosotros? Ello desbarata nuestras referencias, que se basan en la centralidad del sujeto pero que también son el germen de la violencia y altivez de Occidente. Por nuestra parte, podemos ofrecer a Oriente la sensibilidad por la historia, con la consiguiente defensa de la dignidad del ser humano y sus condiciones de vida.

Asimismo, el redescubrimiento de las religiones aborígenes enriquece la actual conciencia ecológica. Nos recuerda que no es sólo una cuestión estratégica ante unos recursos naturales que no son eternos, sino que se trata de cultivar una actitud reverencial ante ellos, porque son los órganos de nuestra propia Madre, la savia misma que nos alimenta.

Estos flashes son sólo un ejemplo de cómo el diálogo interreligioso puede fecundarnos mutuamente. Lo que está en juego es la oportunidad de percibir que la sabiduría de cada pueblo nos pertenece a todos como humanos. En este sentido, el encuentro interreligioso conducirá también hacia nuevas síntesis. Síntesis que hay que distinguir de las mezclas. Porque la mezcla es una mera yuxtaposición de elementos, mientras que la síntesis es el resultado de una integración coherente de diversos componentes. Hay que tener en cuenta que, históricamente, estas síntesis están presentes en el desarrollo de todas las religiones. Cada una de ellas es el resultado de complejas sedimentaciones que han madurado lentamente con el paso del tiempo, en torno a un Núcleo fundante específico. En función de estos núcleos y de una coherencia con ellos, los elementos heterogéneos han sido reconfigurados. Así, por ejemplo, los relatos de la Creación babilónicos fueron incorporados a la Tradición hebrea, así como las fiestas paganas a la Tradición cristiana. Del mismo modo, hoy nos podemos enriquecer con las técnicas de oración orientales o con nuevos elementos rituales que van más allá de nuestra cultura.

No podemos saber hacia dónde nos conducirá este encuentro interreligioso: si hacia una megasíntesis, como tendía a pensar Teilhard de Chardin, más allá de las actuales particularidades, o hacia la consolidación y el respeto por cada singularidad. En cualquier caso, estamos llamados a acoger y a conocer la pluralidad, a la vez que a percibir los elementos comunes que subyacen en ella.

En este sentido, el trabajo iniciado por Mariano Corbí señala pistas sugerentes y una pedagogía precisa: aprender a leer los textos místicos de las grandes Tradiciones religiosas, despojados de sus categorías míticas, esto es, circunstanciales, para acceder a la transparencia de lo Real. No se trata de anular las formas, sino de percibir la forma como receptáculo de su propia profundidad. Para ello son necesarios los maestros. No para crear nuevos modos de sometimiento sino para abrirse paso en zonas sutiles entre la forma y la no-forma, sin la clara delimitación del terreno que ofrecen las religiones tradicionales, logradas con demasiada frecuencia a costa de diabolizar o ignorar a las demás.

6. La experiencia espiritual como integración

Así, pues, en este proceso de síntesis, nada debería quedar al margen. Pero no para construir un nuevo sistema totalitario que quedara atrapado en una nueva pretensión de absoluto. No se trata de esto, sino de que los fragmentos sean percibidos como brechas que abren al infinito, liberados de cualquier tentación de totalitarismo.

En este sentido, lo propio de una experiencia espiritual significativa para este tiempo estaría caracterizada por dos rasgos: por su capacidad integradora, y, al mismo tiempo, por su capacidad de mantenerse en la intemperie, libre de falsas seguridades. Integración y apertura son, pues, los dos rasgos que marcarían la calidad de una experiencia espiritual. Porque lo propio de ésta no es identificarse o ceñirse a un campo específico, sino integrar los diversos ámbitos que nos constituyen, dando profundidad a cada una de estas diversas dimensiones.

De aquí que el test último de la experiencia espiritual sea el de posibilitar la comunión, en vez de la dominación. Es decir, la experiencia espiritual no crea síntesis violentas sino porosas, capaces de integrar nuevos elementos, sin que nadie quede excluido. Las formulaciones cristianas de los orígenes intuyeron esto mismo, cuando dijeron de Jesucristo que era totalmente humano y totalmente divino, sin confusión ni separación. Cristo, como *misterium conjunctionis*, sigue siendo la pauta para que nosotros, cristianos, podamos integrar nuevos elementos. De este modo, fieles a nuestras raíces, podremos acoger el tiempo que nos es dado vivir, desconocido para las generaciones anteriores.